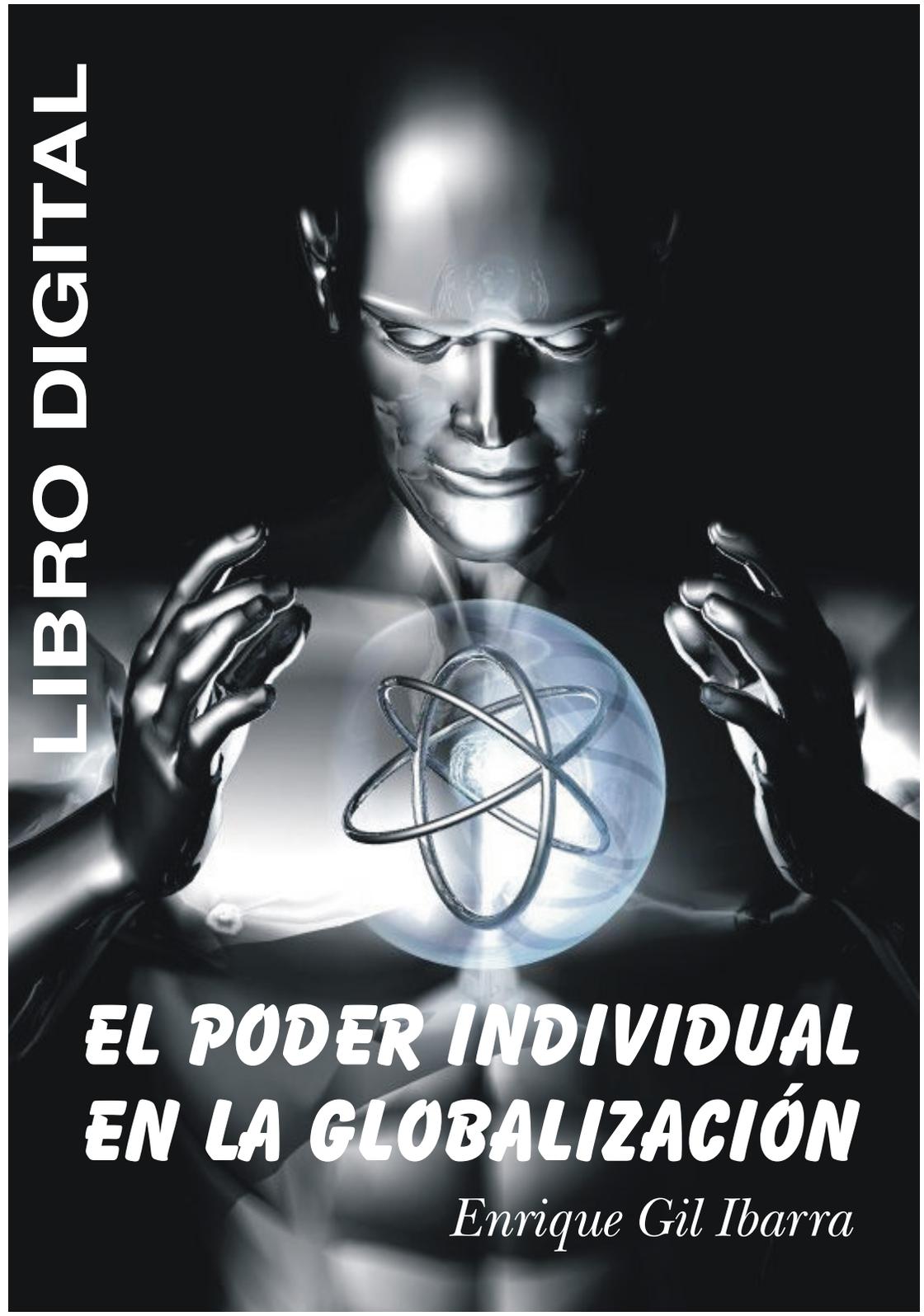


LIBRO DIGITAL



**EL PODER INDIVIDUAL
EN LA GLOBALIZACIÓN**

Enrique Gil Ibarra

El poder individual en la globalización

Por Enrique Gil Ibarra

"Si todos aquellos que citan 'El Príncipe' de Maquiavelo lo hubieran leído, la sociedad sabría que, en última instancia, es una obra bastante ingenua"
(F.D.Roosevelt - 1938)

El síndrome del Príncipe

Todos crecemos con ambiciones y esperanzas. El "síndrome del príncipe" es absolutamente común en nuestra época, caracterizada no obstante por la mediocridad. Precisamente este síndrome arroja la mediocridad como resultante: es evidente que si uno está "destinado" a destacarse en su sociedad, no es preciso que realice esfuerzo alguno para ello.

La mayoría de los argentinos de clase media hemos crecido "sabiendo" que somos los mejores, los más inteligentes, los más hermosos. Nuestros padres, influenciados por un país con inmejorables condiciones objetivas para el desarrollo, han confiado ciegamente en un destino manifiesto que, indiscutiblemente, nos reservaría un lugar. El hijo doctor de padre obrero no podía ser un médico (o abogado) de pueblo. Sin duda sería, por lo menos, Director de Salud.

Los escasos individuos que lograron, a fuerza de reiterados fracasos, comprender que dicho destino manifiesto no era tal, se hicieron un nombre a pesar de ello. No porque fueran, en

líneas generales, excesivamente inteligentes o capaces, sino porque pudieron entender a tiempo cuales eran los mecanismos de poder que obraban en una sociedad hipócrita y falsaria, que pregona la honestidad y premia la estafa; alaba la virtud y estimula la corrupción; hace un culto del trabajo y el esfuerzo y paga salarios de hambre; quiere a sus hijas vírgenes y se acuesta con putas.

El denominado doble discurso, que siempre existió en la comunidad nacional, fue en principio "descubierto" por los medios periodísticos y luego utilizado por los mismos medios para encubrir sus componendas y compromisos. El empleo del poder para el crecimiento personal exige el doble discurso, la mentira y la traición.

Así como cualquier político medianamente honesto reconocerá en privado el axioma básico de que "en política no existen los amigos", de igual forma esto se aplica en cualquiera de los órdenes de la vida cotidiana. Los más concientes de ello, han intentado separar dos sectores delimitando una barrera afectiva: familia y círculo íntimo y, fuera de ella, "los demás". Sin embargo, frecuentemente, se ven obligados a traicionar sus propios límites cometiendo desfalcos afectivos o económicos dentro de sus propios círculos. Y es que el ejercicio del poder, sea para la acumulación de dinero o de prestigio, no reconoce esas barreras.

Indefectiblemente, si empezamos a ser exitosos en la acumulación de poder, esto nos pondrá a mediano plazo en contradicción con nuestros límites, con nuestros "principios".

Indefectiblemente también triunfarán los "objetivos", ya que, aunque todos lo neguemos, la dinámica social nos demuestra día tras día (siglo tras siglo) que el fin siempre justifica los medios. Si bien eso no quiere decir que sea una dinámica ética aceptable.

Utilizo siempre, conversando con amigos a los que les resulta difícil aceptar esta realidad, un ejemplo concreto: en primer lugar, les pregunto si realmente piensan que una persona, partiendo de la nada, puede hacerse millonaria en nuestro país (o en cualquier otro) con el fruto exclusivo de su capacidad y de su trabajo honesto. A los pocos que me contestan afirmativamente, les propongo una apuesta: durante el año siguiente a nuestra conversación, deben aprovechar cada oportunidad que tengan de hallarse frente a una persona de dinero, a un "triunfador" -de esos que se ufanan de haber sido lustrabotas, o cadetes de almacén, y que se han convertido en poderosos empresarios en el lapso de treinta o cuarenta años- y pedirle, simplemente, que les cuente su vida. Siempre, en todos los casos, hay un período de cinco a diez años que no existe. Un plazo durante el que el lustrabotas, empleado administrativo, periodista, lo que fuere, realiza una modificación substancial en su vida de la que reaparece "con su primer millón". Ese período jamás es narrado. Los negocios realizados durante el mismo nunca son dignos de mención. Pero sin excepción, ese "período oscuro" fue el basamento de la fortuna actual. Nunca, hasta el día de hoy, alguno de mis amigos pudo refutarme esta tesis con un ejemplo concreto; por el contrario, la mayoría han aceptado

entre carcajadas que la han comprobado en reiteradas oportunidades y que se ha demostrado infaliblemente. Porque en la vida, al igual que en el ajedrez, los escaques no pueden quedar "vacíos". Todo avance, entonces, de estos individuos "triunfadores" ha representado, por supuesto, el retroceso de cientos de otros que no han sido igualmente hábiles, manipuladores o deshonestos.

La especialización y la anomia como forma de control social

A medida que se incrementa el conocimiento, la tecnología y la información, (asumiendo esta como obviamente distinta del conocimiento) se ha generado una nueva especie que se denomina habitualmente "especialistas".

Son aquellos que han descartado -impulsados evidentemente por el entorno educacional- la absorción de conocimientos y/o valores generales, no por falta de tiempo o capacidad, sino simplemente por falta de interés.

Conocí una vez un físico nuclear de unos treinta años, (la edad que yo tenía por aquel entonces) con el que era prácticamente imposible hablar de nada que no fuera su especialidad. A él le importaban tres pepinos la literatura, el cine, el amor, la cultura, la gente, la sociedad, la historia, cualquier cosa, en fin, que no pudiera relacionar directamente con su materia. Se consideraba excelente en ella, -y parece que efectivamente lo era- pero nunca pudo descollar. Aparentemente a sus elucubraciones siempre les faltaba alguna cosa.

Aunque este es sin duda un ejemplo extremo, diría que la sociedad se ha esforzado realmente en generar este tipo de ¿semipersonas? como coadyuvante a sus proyectos económicos de globalización. Me explico: en un mundo globalizado, con millones de individuos compartiendo los mismos problemas, se corre un serio riesgo de una toma de conciencia colectiva sobre las potenciales soluciones a esos problemas.

La alternativa obvia es el aislamiento del individuo. Si éste aislamiento no puede producirse naturalmente (se oponen a él la televisión, radios, medios en general, viajes baratos) lo ideal es generarlo mentalmente.

Bloquear toda posibilidad del individuo de relacionarse con los demás empáticamente. Pero esto daría como resultado un autista, un ser inservible e improductivo. Por tanto, se lo especializa hasta el punto de convertirlo en un obsesivo inaprensible para todo aquel que no comparte el solo y único tema de su interés. Se obtiene así un "semiser" altamente productivo pero que jamás generará problemas, puesto que los que aquejan "a los demás" le resultan incomprensibles y casi diría fútiles en comparación con sus especializados razonamientos. ¡Bingo!

La Corporación como aglutinante protector

El otro ítem que me parece destacable es el de las Corporaciones profesionales. Creo que en todos los países existe lo que en el mío (Argentina) llamamos "Colegios" de Abogados, Médicos, Escribanos, etc. Es curioso observar a estos profesionales cometiendo las cagadas más

inverosímiles con la total seguridad de que serán defendidos, apoyados y exculpados por la corporación de sus pares.

Estas corporaciones en realidad amparan la evidente disminución de la ética social individual, en la medida que el profesional ya no debe preocuparse por su praxis, sea ésta correcta o no. Será validado en la misma por un Jurado compuesto por sus colegas, que disculparán hasta sus estafas a los clientes, penalizándolas, por ejemplo (*caso real: señora pobre pierde su casa a manos de su abogada, que la despoja*) con **un mes** de inhabilitación para ejercer la profesión.

Relacionando esto con lo de más arriba, diría que todo se centra en el "para qué". Para qué hacemos como individuos una u otra cosa es, creo, la base de una sociedad sana o una enferma.

Si el "para que" nos produce placer o ganancia, pero es simplemente una gratificación individual, el concepto globalizador del Estado ha triunfado en definitiva sobre el individuo, en la medida que, por definición, si éste no puede sobrevivir aisladamente, está contribuyendo a la destrucción de la entidad que lo mantiene vivo y conciente.

El resultado posterior nos lleva al concepto de "semipersonas". Aunque inicialmente parezca y suene peyorativo, es en definitiva una valoración que nos cabe a todos. La disminución de la conciencia social (no me refiero a política, sino a comunidad) fenómeno concurrente en todo el mundo en las últimas décadas, conlleva obligatoriamente el fraccionamiento suicida. La ventaja que tenemos sobre las hormigas es la autoconciencia. Pero si ésta autoconciencia (y por consiguiente el sentido solidario de pertenencia al todo)

se adormece sin desaparecer, no nos convertimos en hormigas (que en última instancia no guerrean en su propio hormiguero) sino en semipertenecientes, semipensantes; pasamos de ser integrantes completos de una especie para convertirnos en individuos que, en el mejor de los casos, "semicolaboran" cuando es imprescindible.

Si el objetivo societario común no existe, debe existir como compensación uno grupal minoritario, ya que por definición el "Salvaje solitario" está condenado a la extinción. Ese objetivo sustituto exige su defensa frente a cualquiera que no lo comparta, por simple supervivencia.

¿Casualidad? No lo creo. Es más fácil el control de grupos pequeños y exaltados que de grandes masas cuya inercia es inconmensurable.

Especialistas y generalistas

En principio, es importante destacar que la búsqueda del poder no es una tarea de especialistas, sino de "generalistas". El especialista se centra en su disciplina, en su conocimiento específico adquirido. Obligatoria, deberá fijar su atención en lo puntual.

El especialista que persigue el poder generará caos y desorden, debido a que forzosamente otorgará prioridad a los aspectos que destacan a su juicio particular y subjetivo, perdiendo la noción de conjunto.

La movilidad, la posibilidad de explorar la realidad desde múltiples puntos, es indispensable para la acumulación de poder. Esa visión multiangular le estará vedada al especialista, que constantemente se verá limitado por sus

preconceptos, dudaré ante las decisiones, solicitaré consejo de sus pares.

El generalista, por su parte, logrará confiar en su sentido común, avalado por sus objetivos. Ante una decisión, evaluará las distintas alternativas posibles, y adoptará aquella que garantice, si no el éxito, cuando menos el menor de los riesgos. Recordará siempre que lo perfecto es enemigo de lo bueno, y logrará evitar el sueño de lo ideal, eligiendo la realidad de lo tangible. Es decir, el generalista **sabe** que lo correcto (o inevitable) hoy, puede ser (revelarse como) equivocado mañana. No obstante, sabe también que el mañana existirá y habrá tiempo para corregir.

Esa diferencia entre el especialista que observa su interior (lo aprendido) y obra en base a su experiencia (el pasado estático e interior), y el generalista que actúa de acuerdo a su concepción del universo (lo global, que también lo incluye) y comprende que ese universo muta permanentemente y ofrecerá mañana variables impensadas hoy, representa la distancia entre el fracaso y el éxito en la acumulación de poder. "¿Qué es lo que está sucediendo?" y "¿Qué es lo que podría suceder?", son las preguntas del poderoso.

Las múltiples "verdades"

En principio vamos a sacarnos de encima esa falaz idea de que cada persona tiene su verdad. Indudablemente existen infinidad de matices, que varían de acuerdo a las distintas personalidades y percepciones, pero la verdad son los

hechos. Las realidades son objetivas, no personales. La interpretación de esas realidades es lo que puede variar. El problema es que la gente ha aceptado que tener opiniones divergentes agrega valor. Existe desde hace décadas una descalificación premeditada del "hombre-masa". Toda la literatura pregona desde principios del siglo XIX que la "masa" es irracional, carente de objetivos, que su promedio intelectual equivale al menos capaz de los individuos que la componen, etcétera. Es obvio que la historia no confirma esta mentira. Cualquier movimiento de masas desde (y antes de) la revolución francesa tuvo objetivos concretos, fueran estos justos o erróneos. La masa elaboró propuestas, generó modificaciones, cambios históricos relevantes....

No me estoy refiriendo a la **utilización** de la masa por dirigentes inteligentes. Me refiero a aquellas situaciones inicialmente espontáneas que en todo caso luego fueron utilizadas por otros sectores. Si se quiere un ejemplo cercano, podemos tomar los cacerolazos de diciembre del 2001 en Argentina. Sin dirigentes, sin concertaciones, la masa ejerció un grado de poder. Estableció nuevos equilibrios. Al alcanzar la "masa crítica" -valga la redundancia-, razonó y actuó mucho mejor que cualquier individuo aislado hubiera podido hacerlo. La diferencia entonces consiste en que la masa, si bien puede ejercer el poder intuitivamente, no es realmente conciente del mismo y permanentemente es presionada -y generalmente es derrotada- por un imperativo social que podemos llamar la "Ideología de la Paz".

La ideología de la Paz

"La mayoría de las civilizaciones se basan en la cobardía. Resulta fácil civilizar enseñando cobardía. Se diluyen los niveles que conducen a la valentía. Se refrena la voluntad. Se regulan los apetitos. Se vallan los horizontes. Se dicta una ley para cada movimiento. Se niega la existencia del caos. Se enseña a respirar despacio incluso a los niños. Se domestica."

Frank Herbert

"La paz es un valor, no una ideología". Falso. Tal vez sería un valor si el conjunto de la sociedad lo considerara así. Pero eso no es real. La paz es un concepto impuesto a la sociedad por el sector dominante. La paz es equilibrio, estabilidad, inmovilidad. Si una comunidad es intrínsecamente injusta, ¿quién prefiere la paz? Evidentemente, aquel que desea que nada cambie. Para ese sí la paz es un valor. Para el otro, es una limitación inducida, una ideología impuesta por la conveniencia y el temor.

En toda sociedad injusta, los dominantes hacen la apología de la paz, los dominados lo hacen de la justicia. Sólo que la inducción es tan potente que muy pocos dominados logran evitarla, y esperan que sea posible una justicia obtenida con paz, lo que es obviamente un absurdo, una negación de la realidad del poder, porque el poder no se abandona, se arranca (si queremos decirlo burdamente). Pero esto no implica apologizar la violencia bruta. Desde el siglo XVIII la

clase dominante abandona el concepto de violencia sangrienta por no considerarla rentable económicamente.

Todos los tiempos históricos, incluyendo la Europa renacentista, se caracterizaron por una cierta simplicidad en el tratamiento del poder hasta la revolución industrial. Anteriormente, la conquista y mantenimiento del poder consistía en la aplicación más o menos directa de una determinada forma de violencia. Y no existían complicaciones ideológicas de por medio. Es decir, toda la sociedad comprendía y aceptaba dicho sistema, no por justo, sino por válido y eficiente.

A partir de la revolución industrial, al complicarse las relaciones de producción, proliferan las ideologías en la medida en que se hace conciente la noción de clases sociales con distintos intereses históricos (económicos).

Por primera vez, se impone realmente el concepto de inmutabilidad en la pertenencia a una clase social. Esta noción, que existía fundamentalmente en lo referente a la nobleza (ningún siervo llegaría jamás a ser noble) no se aplicaba en los otros sectores sociales. Es decir, podía (idealmente) ascenderse en la escala social, hasta llegar a la burguesía.

La revolución industrial establece diferencias firmes entre las clases secundarias. La burguesía cuenta por fin con los elementos necesarios como para mantenerse en su sector de la pirámide, e impedir el ascenso de esa nueva clase de pobres, que han dejado de ser campesinos y se han convertido en obreros.

La violencia se sofisticada. Aquella violencia simple de las épocas feudales: asesinatos, torturas, envenenamientos, derecho de pernada, esclavitud lisa y llana, se complica, adopta distintas facetas y expresiones, se mimetiza y, simultáneamente, se hace más y más cruel y despiadada. Mantener el poder ha dejado de ser una cuestión de fuerza para convertirse en un juego de estrategia en el que la violencia directa y descarnada, sin dejar de ser importante, se convierte en el último y no deseado recurso, ya que deteriora la mano de obra y, por consiguiente, produce una disminución del capital social.

Se produce entonces una paradoja interesante: los mismos sectores poderosos que hasta ese momento empleaban y justificaban plenamente el ejercicio de la violencia, comienzan a inducir en las clases dominadas una nueva ideología: el valor supremo de la paz. Los mismos Señores que durante cientos y miles de años ejercieron un derecho de violencia ilimitado, permitido y avalado por Dios, se "civilizan" bruscamente, en el breve lapso de ciento cincuenta años. Aceptan leyes aparentemente limitativas de sus "derechos" milenarios, y conceden al ex campesino, ahora obrero, el derecho de cambiar su fuerza de trabajo por dinero. ¿Generosidad? ¿Conciencia? Rentabilidad. Si tomamos en cuenta el promedio de vida de un esclavo a fines del siglo XVII (40 años) y le quitamos los primeros diez años de vida y los últimos 5, nos quedan 25 años de vida laboral útil, a la que se deben restar enfermedades, partos y lesiones graves. Esta modalidad, que fue indiscutiblemente rentable durante siglos (al esclavo no se le pagaba), deja de serlo con la

aparición de la máquina. La industria necesita personal sano y eficiente. La máquina ociosa, si bien no da pérdidas, reduce las ganancias. ¿Cuál sería el criterio lógico de mantener el costo de un niño o de un anciano, de un enfermo, de una parturienta, de un inválido? Pero esa modificación en aras de la ganancia y la eficiencia trae indiscutiblemente aparejado un nuevo riesgo: el Señor es el dueño de la máquina, pero no puede operarla.

En ese marco, existe una transferencia de poder interclase que no es deseable, pero sí inevitable y que ya ha sido analizada y explicada exhaustivamente por Engels, Marx y Lenin. La libertad obtenida por el nuevo obrero, al tiempo de otorgarle el derecho de seguir sufriendo hambre libremente, le concede algo mucho más significativo: tiempo de ocio. Por ínfimo que éste sea en esas primeras épocas, produce como consecuencia el aburrimiento y, por consiguiente, la necesidad de pensar. De allí a la lectura, la conversación, la comprensión de la injusticia, la internalización de la propia fuerza. El esquema de poder ha sufrido una nueva variación, que es velozmente comprendida por los Señores: La Ideología de la Paz se revela indispensable.

Por supuesto que no deben imaginar una reunión multitudinaria internacional de oligarcas malvados inventando una mentira creíble. Estoy hablando de similitud de intereses que provocan, ineluctablemente, soluciones parecidas en el tiempo, que se imitan y reproducen en la medida del éxito que obtienen. Después de todo, ¿qué significa la revolución industrial sino la repetición seriada de un mismo movimiento que produce un resultado apetecido?

Pero en ese caso los dominados hubieran podido oponerse, y lo han hecho, en sucesivos levantamientos e insurrecciones que en general han fracasado. ¿Por qué aceptar una ideología limitante? ¿Por estupidez? ¿Por incultura?

Por ese camino llegamos obligatoriamente a la tontería previsible: "para que haya justicia tiene que haber educación", "primero hay que educar al pueblo para que sepa votar" y todas esas gansadas. Nunca, en los últimos siglos, los sectores dominantes intentaron seriamente limitar el acceso del pueblo a la cultura ni a la información. Lo que hicieron fue limitar su acceso al dinero, con las consecuencias obvias. Pero si un obrero podía con enormes sacrificios mandar a su hijo a estudiar nadie se oponía. ¿Por qué hacerlo, si el resultado en la inmensa mayoría de los casos sería un nuevo defensor de los privilegios? No existe motivo para limitar el acceso a la cultura si soy dueño de los colegios y las universidades. No hay problema en que todos lean los diarios si mis empleados los escriben. Por el contrario, es preferible que se lean los diarios a que la información que circule sea la del boca a boca. Mediante los diarios, mediante las radios, se **fabrica** el boca a boca.

Y esto, que parece una alucinación paranoide, lo sería si yo estuviera hablando de una inmensa conspiración. De la "sinarquía internacional", como decía Perón. Pero no se trata de eso. No se trata de individuos poderosos, concientes de su papel y concatenados tras un objetivo. Se trata de intereses coincidentes que producen resultados coincidentes. Es elemental suponer que, si usted y yo vamos a los mismos colegios, tenemos amigos con similar poder adquisitivo, nos

vestimos con las mismas marcas de ropa, usamos las mismas tarjetas de crédito, vamos de vacaciones a los mismos lugares de moda, valoramos la categoría de la enseñanza de las mismas universidades, probablemente terminemos pensando parecido, escuchemos con atención a los mismos economistas, y sustentemos similares ideas políticas.

Y si usted reacciona indignado ante este concepto, está reaccionando frente a una idea que le enseñaron a considerar ofensiva y denigrante. Y sin embargo usted lee, por ejemplo, los mismos diarios que sus amigos, y ve probablemente los mismos programas de televisión. ¿Acaso no hay diarios para "ricos" y otros para "pobres"? No obstante, su precio es prácticamente el mismo.

Lo que ocurre es que no se logra aceptar que las variantes, aún en los casos en que aparentemente existe distinción ideológica, no son fundamentales, sino secundarias. Porque en realidad la diferencia -en este particular caso- se limita a una rivalidad entre distintos sectores de clase que disputan un trozo de poder mediante variables ideológicas. Detrás de esas variables secundarias, el objetivo es uno: el poder. Pero no existe una diferencia de clase, sino de posición relativa frente a la realidad. En resumen, lo importante no es el dinero, sino las ventajas del mismo, como es evidente. Ambos sectores son funcionales a un determinado equilibrio, aunque aparentemente, e incluso sinceramente en muchos casos, supongan lo contrario.

Bien, pero si todos los sectores persiguen lo mismo, ¿en qué se diferencia este concepto del criterio marxista de que todo es política?

Lo que pasa es que no todo es política, sino relaciones de poder. Algunas (la mayoría), por supuesto, tienen objetivos, motivaciones, causas o consecuencias políticas en la medida en que modifican la realidad de la comunidad. Otras revisten características individuales, personales, pero no son reconocidas por sus actores.

En la mayoría de los casos, al ser inconscientes las personas –incluidos los dirigentes– de esa realidad, el poder se ejerce de manera cruel, irresponsable e irremediamente traumática.

La falacia del “anti-poder”

Ha surgido –en realidad no es nueva sino re-aparecida– la teoría del anti poder, sustentada por sectores intelectuales, fundamentalmente europeos y norteamericanos. Con ella, pretenden sugerir que es posible oponerse al establishment con un sistema de “derogación” paulatina del poder ejercido por el sistema. Por supuesto, es una simple excusa (bastante primaria, por cierto), para evadir la responsabilidad de la oposición y la participación directa. Sin embargo, han caído en ella algunas de las más lúcidas mentes de la época.

Sin ir más lejos, Foucault afirmaba: “...*nuestro embarazo para encontrar las formas de lucha adecuadas, ¿no proviene de que aún ignoramos lo que es el poder? Después de todo, ha sido preciso esperar al siglo XIX para saber lo que era la explotación, pero quizá todavía no sabemos qué es el poder.*”

Marx y Freud quizá no bastan para ayudarnos a conocer eso tan enigmático, a la vez visible e invisible, presente y oculto, ocupado en todas partes, que se llama el poder. La teoría del Estado, el análisis tradicional de los aparatos de Estado, no agotan sin duda el campo de ejercicio y funcionamiento del poder. Actualmente, sabemos aproximadamente quién explota, hacia dónde va el beneficio, por qué manos pasa y dónde se vuelve a invertir, mientras que el poder... Sabemos perfectamente que no son los gobernantes quienes detentan el poder. Sin embargo, la noción de “clase dirigente” no está ni muy clara ni muy elaborada. “Dominar”, “dirigir”, “gobernar”, “grupo de poder”, “aparato de Estado”, etc., aquí hay todo un conjunto de nociones que piden ser analizadas. Asimismo, sería preciso saber hasta dónde se ejerce el poder, mediante qué relevos y hasta qué instancias, a menudo ínfimas, de jerarquía, control, vigilancia, prohibiciones, coacciones. En todo lugar donde hay poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es su titular y, sin embargo, se ejerce en determinada dirección, con unos a un lado y los otros en el otro; no sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene”.

Esta disquisición circular contiene varios errores que considero importantes: en primer lugar, es absurdo afirmar que “ha sido preciso esperar al siglo XIX para saber lo que era la explotación”. Tal vez sí hemos debido esperar al siglo XIX para “racionalizar” la explotación, pero las palabras de Foucault parecerían indicar que “conocimos” la explotación a partir de dicho siglo, lo cual es, por lo menos, irrespetuoso.

Por supuesto que es preciso analizar las expresiones "dominar", "dirigir", "gobernar", "grupo de poder", "aparato de Estado", etc., pero ese análisis no tendrá fin. Será necesario re-analizar esas expresiones (su contenido, en realidad) de forma permanente, dado que, como el poder mismo, no son estáticas, sino cambiantes. Daría la impresión de que Foucault (y en él personalizo, quizás injustamente, toda esta tendencia) pretende "aritmétizar" esos conceptos, convirtiéndolos en valores de una ecuación.

Olvida Foucault, me parece, que si el poder no se posee (*"Nadie, hablando con propiedad, es su titular"*) sino que es "una idea que se ejerce", como afirma también Hannah Arendt, es ineficaz pretender esquematizarlo hasta el punto de determinar "a quien" puede o no pertenecer. De hecho, el verdadero problema es que la intelectualidad, más allá de sus disquisiciones, comprende el poder sólo como una prerrogativa de gobierno, y por lo tanto la pretensión primera y última es estigmatizarlo en lugar de aceptarlo, generar una entelequia como el "anti-poder".

¿Qué vendría a ser este "anti-poder"? John Holloway afirma, muy suelto de cuerpo: *"Un mundo digno no se puede crear por medio del estado"* y continúa diciendo: *"La única forma de concebir un cambio radical hoy no es como conquista del poder sino como disolución del poder"... "La lucha por la disolución del poder es la lucha por la emancipación del poder-hacer (potentia) del poder-sobre (potestas). Para empezar a pensar en cambiar el mundo sin tomar el poder, hay que hacer una distinción entre el poder-hacer (potentia) y el poder-sobre (potestas). Cualquier intento de cambiar la sociedad involucra el hacer, la actividad. El hacer, a su vez,*

involucra la capacidad de hacer, el poder-hacer. Muchas veces usamos la palabra 'poder' en este sentido, como algo bueno, como cuando una acción junto con otros (una manifestación o incluso un buen seminario) nos da una sensación de poder. El poder en este sentido tiene su fundamento en el hacer: es el poder-hacer".

Es indudable que la pretensión de Holloway es más que utópica. No por el deseado cambio social, sino por la sugestión de radicar dicho cambio en una cuestión de voluntad. La creación de este virtual "anti-poder" no es, en definitiva, otra cosa que la demostración práctica de la absorción completa, por parte de los intelectuales, de la "ideología de la paz".

El "poder-sobre" como lo califica Holloway, es desde todo punto de vista inevitable en una sociedad. Tiene que ver con las distintas capacidades, los niveles de inteligencia y comprensión, la facultad de resolución de problemas. Lo que no puede hacerse (y es el error) es sinonimizar "poder" con "injusticia". Como ya dijimos, el poder es simplemente una herramienta a la que no debemos adjudicarle un valor moral o ético "per se".

Aquel que pretende conseguir poder se plantea ese objetivo "para", ya que reiteramos que el poder **no es un objetivo en si mismo**. Si el objetivo es inmoral o no, la discusión es otra. Pero el poder siempre será ejercido "sobre". Por consiguiente, la creación del "anti-poder" es simplemente la búsqueda del deterioro del sistema, sin ofrecer un reemplazo viable para el mismo.

Como afirmamos más arriba, la equivocación consiste en establecer a priori que el poder es una facultad estatal, un “don” que recae mágicamente en los funcionarios “elegidos”, en lugar de un aprendizaje individual que, por lógica consecuencia, deriva en la ocupación de cargos de importancia en el Estado, posición que posibilita continuar ejerciendo (justa o injustamente) lo aprendido.

“En el fondo, vale la pena aclararlo, el poder es siempre singular: singularidad de un pueblo, singularidad de un individuo” (Silvio Maresca).

Somos hijos de asesinos

Los hijos de puta ganan porque saben manejar el poder, y no les da miedo ni vergüenza hacerlo. De los demás, los que no somos hijos de puta, algunos saben cómo hacerlo pero no quieren pagar los costos, otros no pueden porque la conciencia se los impide y otros, la mayoría, no tienen la menor idea del mundo en el que viven ni porqué hacen lo que hacen.

Durante milenios la sociedad se edificó en torno a los asesinos, los victimarios, los triunfadores. Si tomamos en cuenta que durante los primeros mil seiscientos años después de Cristo (y cuatro mil años antes, claro) triunfar significaba lisa y llanamente sobrevivir, el título de este apartado está sobradamente justificado. Evidentemente, los que sobrevivieron, los que vivieron lo suficiente para engendrar, reproducirse, fueron durante los comienzos de nuestra historia los que lograron matar antes que morir.

Los amoraless, los crueles, los salvajes, los deshonestos, los mentirosos, los que antepusieron su propia vida y bienestar a cualquier otra consideración. Esos sobrevivieron. Ellos engendraron, construyeron ciudades, crearon imperios, reinados, instauraron dinastías, forjaron la **moral**.

Somos, pues, los descendientes de los asesinos, de los ladrones, de los violadores, de los dictadores, de los mercenarios, de los ilusionistas. Hasta el siglo diecisiete inclusive, los bondadosos, los caritativos, las “buenas personas” estuvieron condenadas a perecer, a extinguirse como especímenes inviables, no necesarios, excepto para ser utilizados como bestias de carga, esclavos, menos que humanos. Su capacidad de procreación estaba seriamente limitada por el nulo acceso a los precarios beneficios de la época.

La salud (relativa) y el alimento suficiente eran bienes de usufructo exclusivo de la nobleza y la burguesía establecida en base al comercio. Las leyes, las costumbres, la ética y la moral social fueron indiscutiblemente establecidas por los “triunfadores”, los deshonestos, los violentos, los asesinos.

Nuevamente es la Revolución industrial la que obliga a un cambio radical: a partir del siglo XVIII la imperiosa necesidad de mano de obra obliga, junto con la modificación de las relaciones de producción a una modificación de esta situación.

A partir de ese momento, los perdedores son necesarios, y deben reproducirse lo más posible. Si bien el acceso irrestricto a la medicina, la salud y el alimento siguen siendo prerrogativa de los menos, la brutal mortandad producida por las nuevas condiciones infrahumanas de trabajo solo puede

ser paliada de una forma: los pobres deben parir hijos, cuantos más, mejor. Se produce entonces un raro fenómeno. Las clases dominantes reducen paulatinamente su fertilidad, con el objetivo de concentrar la propiedad, y simultáneamente inducen a los sectores pauperizados a reproducirse indiscriminadamente.

La Iglesia cumple en esta etapa un papel fundamental. Se pergeña una cruzada a favor de la libre multiplicación, y se alienta entre los pobres la noción de que controlar la natalidad es pecado. "Los hijos los manda Dios" se convierte en una frase hecha cuyo objetivo es alentar la producción de abundante carne de maquinaria. Desde luego, a través de las décadas esta falacia se ha convertido en verdad. El pobre sabe que su única posibilidad de tener una vejez mínimamente decente es tener hijos que puedan contribuir a la alimentación y cuidado de sus padres cuando estos ya no puedan trabajar. Tener muchos hijos se convierte así, a través de los años, en un verdadero "seguro de vejez" ya que, cuantos más se tengan, mayor la probabilidad de que algunos sobrevivan hasta la madurez y puedan cuidar de sus progenitores ancianos.

Llegados al siglo XX, los poderosos se enfrentan a una nueva contradicción: la tecnología permite prescindir de buena parte de la mano de obra. Por lo tanto, las reglas de la economía de mediados del siglo XX indican que a mediano plazo habrá ingentes cantidades de pobres ex-empleados que se convertirán en marginales peligrosos. Comienza entonces otra aculturización: los pobres deben ser convencidos de que tener demasiados hijos no es conveniente.

Los programas de control de la natalidad pasan a ser prioritarios en todos los países periféricos. De grado o por fuerza, los planes de esterilización empiezan a ser aplicados en países como Bolivia, Perú, Brasil. No obstante, la Iglesia esta vez no puede acompañar el cambio. La multiplicación feroz de los pauperizados en la mayoría de los países del mundo ha generado un nuevo fenómeno: sacerdotes con una nueva actitud, relacionados directamente con los pobres, con su modo de vida, inmersos en esta realidad. El Vaticano se ve imposibilitado de eliminar (aunque la niegue) esta corriente populista dentro de las filas de la Iglesia, so pena de provocar un cisma comparable al de Lutero, y debe limitarse a controlarla. Ergo, debe seguir afirmando que el control natal es incorrecto. No puede desautorizar hoy lo que estableció como dogma ayer. Pero podrá hacerlo mañana.

(Después de todo, el anterior Papa pudo darse el lujo de negar la existencia de Satanás y del infierno, lo que equivale poco más o menos, a decir que el "ángel caído" es una fantasía de la Biblia y que los males del mundo **también** provienen de Dios).

La infraestructura dependiente y el tronco central

El concepto de aquel que pretende el poder no obligatoriamente debe estar reñido con su ética. Para eso, es obvio que deberá aceptar el universo tal como existe, y simplemente aplicará sus principios donde pueda.

Es remanido el concepto de *infraestructura de dependencia*. Incluye todos aquellos bienes imprescindibles para la supervivencia de una comunidad o su incremento cuantitativo. El control de cualquier fuente de energía indispensable para esa supervivencia, proporciona el control absoluto de la comunidad. Asimismo, incrementar esa dependencia es condición *sine qua non* para mantener férreamente ese control, en una espiral infinita.

En toda sociedad existe el concepto del tronco central. Proviene de las épocas en las que los árboles cortados se enviaban río abajo hasta el aserradero. En ocasiones, las curvas del río provocaban un atascamiento y, para liberarlo, era necesario enviar un experto que cuidadosamente analizaba la situación hasta descubrir el tronco central: aquel que al ser removido posibilitaría que todos los demás fueran liberados.

El concepto del tronco central está íntimamente ligado con la concepción del poder. Aquella persona que logra analizar y descubrir los troncos centrales de una sociedad, posee la principal herramienta para conducirla. Lo siguiente es su capacidad para administrar ese poder. El buen administrador tomará rápidas decisiones. El eficiente administrador del poder, se maneja con instrucciones verbales, y adiestra a sus colaboradores en ese sentido. Asumirá los costos inherentes a sus posibles errores.

El incompetente convocará comités, recabará informes, estudios y estadísticas; es decir, rehusará asumir la responsabilidad del poder, diluyéndolo en múltiples

responsabilidades más pequeñas. Intentará disimular su ineptitud y temor exigiendo memorándums, confirmaciones escritas, evaluaciones de su personal dependiente. En resumen, buscará permanentemente a quién cargarle la culpa si las cosas salen mal.

La conquista del poder exige la toma de riesgos. Toda persona que concientemente busca el poder debe saber que inevitablemente llega el momento de apostar a una sola carta, y que el poder perseguido no consiste en ganar, sino en la capacidad de apostar. Ganar es solamente el premio merecido y perder, una eventualidad posible.

El riesgo de la oscilación

El problema de decidirse a conquistar poder personal tiene en esta sociedad una relación estrecha con el temor a perder el lugar obtenido previamente. En todas las épocas existieron (y existirán) ese tipo de personas que parecen boicotarse indefectiblemente ante cada oportunidad que se les presenta. El ser humano anhela la comodidad de pertenecer a un lugar cierto. Desde el momento que toda conquista -riesgosa por definición- implica la certeza del abandono del lugar poseído previamente, la obligatoria oscilación del esquema de pertenencia establecido provoca temor e inseguridad profunda. Por ello es tan simple contener y evitar que ese tipo de individuos prospere (compita) y triunfe: la simple amenaza de destruir su lugar preestablecido destruye el espíritu de la persona.

De igual forma, debemos tomar en cuenta que la mayoría de las personas sólo ansían una cuota mayor de felicidad. Al

ignorar que dicho objetivo solo es obtenible mediante el ejercicio de un poder mas eficiente (mas aún, al negar vehementemente esa realidad), lo único necesario para conducir a esas personas hacia el logro de nuestros fines es la promesa, aún falsa, de ese incremento. Sin embargo, no puede obviarse el hecho de que, cuando el poder se ejerce ineficientemente, la masa descubre que es tendenciosamente conducida. Indefectiblemente, buscará en esa situación un chivo expiatorio, que no podrá ser exculpado.

El uso de la verdad

"Siempre reconozco una mentira porque siempre deseo volverle la espalda al mentiroso"

Shoel - Frank Herbert

La mitología popular supone que el poder es poseído por los mentirosos. Por el contrario, el poder en la globalización requiere de una adecuada manipulación de la verdad. Los mentirosos son los charlatanes de feria, los prestidigitadores del poder. Se dijo correctamente que nadie puede engañar a mucha gente, por demasiado tiempo. El mentiroso es simplemente aquel que logra aprovechar una coyuntura y obtener de ella una ventaja temporal. Pero esa ventaja no le permite acumular poder real. En todos los casos, ese poder le es dado por delegación, como en una democracia, por ejemplo, y le será retirado en el preciso momento en que su mentira quede al descubierto.

"Cuando se habla de una crisis de representatividad, no se sabe muy bien lo que se dice; si el poder es indelegable, la representación política está ya siempre en crisis. Porque es, en definitiva, ilegítima. En lo que al poder se refiere, nadie puede sustituir legítimamente a otro. La cuestión es conocida: a más representatividad (delegación) menos democracia, a más democracia menos representatividad (delegación).

Todo reside en no confundir liberalismo y democracia. No es cierto que la democracia "moderna" se vea obligada a poner el acento en la representación porque, como suele aducirse, la magnitud de la población torne impracticable la democracia directa. Es el principio liberal el que introduce la necesidad de la representación.

*En la sorda lucha entre liberalismo y democracia, es vital para ésta garantizar la mayor participación directa posible de todos los ciudadanos en las decisiones y generar los mecanismos apropiados para ello. La propuesta ya ha sido condenada por el liberalismo; la llamará "democracia sustantiva", aproximándola peligrosamente al totalitarismo. Democracia auténtica será, en cambio, para el liberalismo, sinónimo de democracia procedimental. Si se cumplen ciertos requisitos formales (voto periódico, división de los poderes, correctas formas de elección y designación, etc.) la democracia estará garantizada". **Silvio Maresca***

Existe, como sabemos, otro tipo de poder real, que trasciende un mandato temporal. Lo ejercen aquellas personas que no dependen de un voto o de un nombramiento. Que están más allá de las vicisitudes de un gobierno. Aquellos, por ejemplo, de los que oímos hablar independientemente de un partido

político. Ellos manejan una estrategia que se extiende por décadas. Controlan equipos políticos y económicos privados. Ocupan siempre lugares secundarios, no participan de la ostentación, jamás afrontan persecuciones judiciales o, si les sucede, son absueltos.

Ellos se caracterizan por utilizar siempre, indefectiblemente, la verdad. Por supuesto, la manipulan, la retuercen, la estiran. Pero continúa siendo la verdad. Cumplen sus tratos y sus acuerdos, por deshonestos que sean. Su palabra es un cheque al portador, tanto si la dan al jefe de policía como a un capo mafia.

Esta conducta, que les permite mantener su poder a través de los años, es a su vez una causa de que lo posean. Su proceso de crecimiento les ha permitido aprender que la verdad es un arma poderosa. Genera respeto y miedo.

El común de la gente tiende a mentir por comodidad, dado que es mucho más fácil -aparentemente- decir una breve mentira que elaborar una larga explicación. Esa breve mentira, sin embargo, provoca una pérdida de nuestra influencia/poder ante el que la escucha. Las "breves" mentiras generalmente no son bien elaboradas, "hacen agua" por donde se las mire. El mentiroso deja de ser confiable. Por cortesía lo escucharé, pero no será mi socio. Puede ser convocado a un trabajo de responsabilidad, pero desde luego no será jamás una persona de confianza, ni se lo invitará a una reunión verdaderamente importante. Ha perdido poder.

Los símbolos: el poder condicional

Siempre que se constituye y establece firmemente un Estado, surge inmediatamente un estamento que tiende a fortalecer y desarrollar un grado de poder a través de la utilización de una forma de lenguaje. Las enrevesadas estructuras gramaticales de los abogados, por ejemplo, o las definiciones abstrusas de los médicos pueden llegar a ejemplificar lo expuesto. Desde luego, es necesario que el pueblo acepte una "institucionalización" de la situación.

Es decir, que renuncie a desentrañar el significado de lo que esos sectores exponen mediante símbolos sólo comprensibles para ellos mismos. De esta manera, se obtiene como resultado que los símbolos pasan a convertirse en la verdad, no en la explicación de la misma. Por consiguiente, sólo aquel que logra desentrañar los símbolos puede manejar la realidad, modificarla de acuerdo (supuestamente) a las necesidades de aquellos menos favorecidos.

Por supuesto, el poder que el manejo de esta simbología confiere solo puede mantenerse si se excluye de su conocimiento a la mayoría. La economía, la salud, pasan a ser monopolio de aquellos que logran interpretar el sublenguaje correcto y, por consiguiente, se convierten en indiscutidas (indiscutibles) autoridades en el tema, ya que cualquiera que no maneje la simbología adecuada es, por definición, un ignorante en el asunto, aunque rebose de sentido común.

Liderazgo energético: el poder arrebatado

He afirmado que la tecnología y la concentración de capitales han generado entidades supranacionales que concentran el poder mundial, independientemente de los países a los que originariamente pertenezcan. Estas entidades, corporaciones económicas, son sin lugar a dudas el emergente triunfador de un capitalismo exhausto que ya no pretende conjugar sus declamados valores éticos con su realidad salvaje y deshumanizada.

No más de treinta corporaciones interligadas poseen actualmente la totalidad de la producción y/o las reservas energéticas mundiales.

He aquí la obvia explicación de las aparentes "traiciones" o claudicaciones de los gobiernos democráticos. Como siempre, un problema de poder.

Más allá de las excelentes intenciones que pueda exhibir honestamente cualquier líder de un partido constitucionalista, en cualquier país del mundo, al acceder al gobierno deberá obligatoriamente inclinarse ante el imperativo categórico de la supervivencia.

Los condicionamientos impuestos por los representantes de esas corporaciones suelen ser taxativos. Oponerse a ellos significa despedirse del gobierno recién alcanzado y por consiguiente, de esa tan ansiada cuota de poder personal, aunque sea limitada.

Por tanto, el novel gobernante deberá ingeniarse para mentir convenientemente a sus votantes, cumplir con sus camaradas, compañeros o correligionarios, y acceder a las

solicitudes/órdenes de las empresas que le han permitido ubicarse en el escalón superior de la burocracia local.

No obstante, cualquier burocracia demasiado cargada en su sector superior que no pueda ser efectivamente - profundamente- modificada por elecciones, requiere expandirse permanentemente, hasta los límites de energía del sistema. Eso exige ingentes cantidades de dinero, siempre crecientes. Como las corporaciones poseen las fuentes energéticas "tecnológicas" y desde luego no comparten los beneficios obtenidos de las mismas, no le queda al gobernante y su burocracia otro recurso que solventar su expansión a base de las energías "naturales": los ancianos, los jóvenes, los educadores, la clase media, los pobres. Por consiguiente, el deterioro de la salud, la educación, la reducción de los costos de la mano de obra, son contingencias no sólo previstas por la globalización, sino inevitables.

Liderazgo económico: el poder absoluto

Las corporaciones económicas han alcanzado en este siglo XXI la suma del poder público: deciden en la práctica, mediante sus aportes financieros y sus presiones políticas, quiénes serán los gobernantes y qué programas implementarán. Comienzan guerras y negocian tratados. Auscultan procesos electorales en los países periféricos y convalidan fraudes en los países centrales. Nótese la diferencia con el pasado siglo: ya no es necesario impulsar golpes de estado más o menos encubiertos. No son imprescindibles las dictaduras sangrientas para obtener

concesiones, privatizar recursos inalienables o imponer recetas económicas. Hoy es suficiente declarar una guerra, una "intervención militar" o simplemente una "operación policial internacional". Ya no es precisa la cortesía del consenso, ni siquiera el apoyo político de los aliados. La concentración brutal de la economía ha obtenido la concentración salvaje de la fuerza: o estás conmigo (y te sometes) o estás en mi contra (y te destruyo).

¿Está mal? ¿No es justo? Es la realidad. Y en verdad no hay diferencia con años anteriores, salvo en lo formal. Tal vez lo único rescatable como cambio sea que ahora es descarnado, abierto, claro. Todos aquellos que pasaron sus vidas negando la realidad de la violencia de los países centrales en su ejercicio del poder tienen ahora frente a sus caras un ejemplo incontrastable.

El mundo se dirige hacia una división definitiva e irreconciliable. Las corporaciones económicas y sus burocracias tecnológicas, políticas y militares por un lado y, por el otro lado, los subempleados, los no capacitados técnica o educacionalmente, los analfabetos o semianalfabetos, las minorías étnicas o religiosas, los "demás". Esos son por definición los marginales del sistema. Están "de mas". Sobran.

La ley y el poder

La ley no está relacionada con la justicia. Esa falacia ha sido instaurada por aquellos que tuvieron la oportunidad de establecer las leyes y, desde luego, afirmaron que su intención era fundar una sociedad justa. No obstante, la

historia demuestra que la ley en todos los casos afianza el poder. La ley tiende, en todos los códigos, a reforzar el poder existente -independientemente de la moral y de la justicia evidente-, cuando el verdadero problema es: ¿quién manda aquí?

Por esto es absurdo el reclamo de justicia en el caso de los tribunales y la policía. Es absolutamente imposible la existencia de una fuerza de policía incorrupta, en la medida que el ejercicio del poder incompleto obligatoriamente exige la negociación y, consecuentemente, la corrupción inherente a la misma. Si el cumplimiento de los objetivos institucionales de un organismo requiere que ese organismo deba negociar con otro su operatividad, la corrupción (favor con favor se paga) devendrá inevitable. Esta exigencia de la realidad, que se simplifica habitualmente refiriéndose a los jueces nombrados por influencias políticas, no es -por supuesto- reconocida públicamente por ningún estado. No obstante, es obvio que cualquier potestad que se ejerce con limitaciones externas provoca un desequilibrio que debe ser compensado. La ley -que debe ser obedecida, justa o no- es la única "compensación" que un sistema democrático puede ofrecer.

El poder y la guerra

Nadie con algo de cultura y conocimiento puede negar el efecto regulador que las sucesivas guerras han cumplido en nuestra civilización. Por triunfo o derrota, imperios y naciones han buscado y obtenido un equilibrio a través de los siglos. Diversos sociólogos e historiadores han analizado la curiosa realidad: los ejércitos, invariablemente, estuvieron

conformados por hombres. Nunca, excepto en leyendas mitológicas como la de las amazonas, las mujeres fueron institucionalmente convocadas a la lucha. Fuera por lucidez o instinto, nunca un Estado -antes del siglo veinte- militarizó a sus mujeres. ¿Sexo débil? Ridículo. Lo real es que en un ejército de hombres, la lealtad del soldado tiende a dirigirse hacia su propia estructura, sublimando en ella a su nación. En un ejército femenino, la lealtad se dirigiría principalmente hacia el líder del mismo. Evidentemente, una situación altamente peligrosa y, por consiguiente, inaceptable.

En la globalización, esta realidad ha cambiado. No se requiere ya el soldado/individuo, que pelea por lealtad o principios morales. Este ha sido reemplazado, en la medida que la sociedad ha cambiado sus valores, por el soldado mercenario. Hoy los ejércitos pelean por dinero, por petróleo, por agua. Lo saben, y sin embargo continúan peleando. No les parece "mal", "incorrecto" o "inmoral". Es la realidad y la aceptan. Ya no es necesario, por tanto, diferenciar entre las "lealtades" masculinas o femeninas. Ambos sexos están dispuestos a sostener el poder establecido y a morir por dinero. ¿Qué más se les puede pedir?

La enfermedad infantil

Uno de los primeros combates que debe librar aquel que pretende acumular poder es contra sí mismo. Los logros iniciales desarrollan, casi inevitablemente, lo que podríamos denominar la "enfermedad infantil" del poder: la infalibilidad.

Toda persona que logra ser obedecida, comienza a auto valorarse de manera distinta. Crece en su propia imagen, se ve elegante, inteligente, "rubio y de ojos celestes".

En su condición de generalista -de la que ya hemos hablado- piensa que, al comenzar a comprender el universo que lo rodea, debe conocer igualmente sus peculiares características, y olvida que precisamente para eso es que le son imprescindibles los especialistas. Por tanto, deja de ser un generalista y se convierte inconscientemente en un "especialista múltiple". Sabe de todo, opina sobre todo, desdeña, desde su nivel recientemente adquirido, las opiniones de aquellos que han pasado años analizando un tema específico.

En resumen, abandona la conducción y la reemplaza por la intervención directa. Abandona su aprendizaje de estrategia, y se convierte en un táctico, imposibilitado para delegar responsabilidades.

En la práctica, lo único que consigue es que sus especialistas más valiosos, hartos de sus constantes cuestionamientos y de sentirse minusvalorados, lo abandonen. El resultado: en lugar de acumular poder, lo ha disminuido.

Esta "enfermedad infantil", si bien es inevitable en una determinada etapa, es perfectamente superable. Requiere la comprensión de la falibilidad y por consiguiente, del concepto poderoso de la humildad. Este concepto, que no es asequible a todos nosotros, nos permitirá entender que la capacidad de extrapolación imprescindible para la evaluación global de la realidad no garantiza en absoluto el conocimiento puntual, y que el sentido común que permite conducir seres humanos no es válido ni suficiente para enseñar geografía.

Esta situación, que hemos analizado a nivel personal, suele producirse también en las empresas, sobre todo en aquellas que han comenzado como Pymes y que, a lo largo de los años, por una certera conducción y análisis correctos del mercado, han logrado posicionarse y crecer.

Generalmente, la creatividad inicial, la libertad y camaradería que caracterizaba la relación laboral va desapareciendo. La excelente relación interpersonal que posibilitaba esos esfuerzos iniciales comienza a endurecerse. En las relaciones humanas aparecen rivalidades. Todo esto es lógico: el crecimiento, la acumulación de capital, la generación de oportunidades de ascenso y desarrollo crean inevitablemente situaciones de rivalidad y competencia.

Pero la clave está en la actitud del líder, del dueño de la compañía. El también ha caído en las garras de la "enfermedad infantil". Ya no se ve como un joven creativo y emprendedor, rodeado de compañeros de trabajo con los cuales crece. Ahora es un empresario digno de respeto.

Sus compañeros de ayer hoy son empleados a los cuales "da" trabajo. Y su "sueño" de ayer, hoy es una empresa que debe funcionar **como** una empresa. Por lo tanto, los horarios, la vestimenta, los memorándums, los "canales de comunicación", han pasado a ser importantes.

Inexplicablemente, la empresa que hasta ayer crecía aceleradamente, se estanca. O peor aún, comienza a decaer. Sucede que el novel "empresario" no ha advertido que en el juego de poder entre su Pyme y las grandes compañías, su único valor agregado era la informal solidaridad y hermandad que lograba generar entre sus conducidos. Esa sonriente

"tormenta de cerebros" que le permitía destacar en la medida en que él "ejercía" el poder en lugar de "ostentarlo".

¿Lo derrota su competencia? No. Es sólo su "enfermedad infantil" que opera sin que él lo sepa a favor de la concentración de capitales.

El amor como elemento de poder.

"Quienquiera detente el poder y se rodee de mujeres, ya no es libre. Vea a Napoleón, enredado en sus historias de amor. Y a la inversa, mire a Stalin. Las mujeres no contaron para él. Del seminario, conservó una desconfianza fundamental. Era un hombre solo". (André Malraux - PANORAMA, ABRIL 13, 1971)

Si yo quiero a alguien, deseo que sea feliz, deseo complacerlo, deseo que me quiera. Si ese alguien quiere algo, y me lo manifiesta, yo siento casi la obligación de satisfacerlo por esos motivos. Esa persona está ejerciendo un grado de poder sobre mí. O yo sobre ella si se da el caso inverso. Tomemos, por ejemplo, un matrimonio. Un contrato civil entre dos personas que se comprometen a amarse, respetarse y compartir sus bienes, triunfos y fracasos. Esa frase hecha de que en todo matrimonio uno quiere más que el otro suele ser realidad. Es lógico suponer que el que quiere más estará más ansioso de satisfacer, de agradar, de complacer, de dar. Por consiguiente, el otro paulatinamente se acostumbrará a ser satisfecho, complacido, a recibir. Si la diferencia es pequeña, y en el caso de que ambos sean honestos, (lo que suele llamarse "buenas personas"), el juego

de poder será un equilibrio inestable en el que la balanza se inclinará de acuerdo a las situaciones coyunturales: el dinero, la situación social, el nivel cultural. Permanentemente la toma de decisiones en el matrimonio estará condicionada por esas variables. En el mejor de los casos, la negociación será amistosa, pero permanente. Después de todo, un matrimonio consiste en una negociación en la que ambas partes están dispuestas a ceder relativamente. En el momento en que la exigencia de una de las partes supera la voluntad de ceder de la otra y el punto en cuestión no es negociable, el matrimonio se rompe.

Desde luego que la resolución de este contrato no adopta en esta época iguales características que hace, digamos, cien años, pero la lucha por el poder es similar. Hasta hace apenas medio siglo, la supremacía se daba fundamentalmente por la posesión del dinero. El hombre, generalmente funcionando como proveedor, imponía su criterio para todas las decisiones importantes. ¿Cuál era la posibilidad máxima de negociación de la mujer? Negarse a las relaciones sexuales. Luego de varios días, y en el caso de que la esposa fuera importante para el marido, podía lograr una renegociación de lo decidido. Ese "poder" sexual que la tradición ha investido sobre la mujer subsiste claramente hoy. El humor masculino -o machista, si prefiere- lo grafica invariablemente enumerando las "excusas" que una esposa puede interponer a los requerimientos sexuales de su pareja. El abuso de poder por parte del hombre en esos matrimonios incluyó durante siglos una legislación despereja en el caso de infidelidad. ¿Era una cuestión de orgullo herido? En absoluto.

Simplemente se basaba en la preservación de la dinastía y de la herencia: un hombre infiel podía sin consecuencias tener un hijo ilegítimo con otra. Este hijo no tenía derechos, no afectaba el patrimonio familiar, no existía para la ley. Por el contrario, una mujer infiel traía de hecho la posibilidad de un hijo clandestinamente ilegítimo al matrimonio. Este hijo, que no poseía la sangre del esposo, que no "pertenece" a la familia, que no llevaba en sus genes la "tradición", heredaría sin embargo los bienes, portaría el apellido, "usurparía", en resumen, los derechos del vástago legítimo, de "buena sangre". El matrimonio tuvo entonces durante siglos una clara situación en la que la parte poderosa establecía las relaciones económicas y la otra resistía negociando su sexualidad. (Tal vez haya sido esto una revancha atávica frente a las anteriores civilizaciones matriarcales en las que la mujer, en su carácter de paridora de hijos, mantenía una autoridad indubitable ya que sus posibilidades genéticas le permitían de hecho condicionar el crecimiento o la extinción de una tribu). Nuevamente es a partir de la revolución industrial que estas relaciones de poder tornan a variar. Las ciudades crecen. Desde el campo, llegan todos aquellos hombres y mujeres en busca de un nuevo futuro, la posibilidad de progreso. No obstante, la ciudad niega algo que el campo ofrecía: comida en la huerta del fondo. Aquí el alimento debe ser adquirido con horas de trabajo y, casualmente, esas horas nunca alcanzan. Astutamente, la imperiosa necesidad de mano de obra de la industria creciente obliga a la mujer a cambiar una esclavitud por otra y, mientras renegocia su contrato de poder con su esposo, que ya no es el exclusivo tenedor del dinero, se ve obligada a

firmar otro convenio -quizás más oneroso- con su empleador. Lamentablemente, aquí también se confirma la regla de que en el juego del poder no hay escaques vacíos. Todo avance de uno de los jugadores implica obligatoriamente el retroceso de los otros, y viceversa.

Limitación del poder desde la infancia

“...por primera vez en el mundo, una generación entera descubre la existencia sin referencia a valores. Y ahí hay una lógica que uno vuelve a hallar a lo largo de toda la Historia. Cuando los dioses mueren y se vienen abajo los sistemas de valores, el hombre sólo reencuentra una cosa: su cuerpo. El dominio de lo físico. La droga, el sexo y la violencia son los sustitutos naturales para la desaparición de los dioses. Los hombres de negro que, con escudos, cascos y barras de hierro se arrojan unos contra otros no tienen, realmente, la ambición de conquistar el Estado. Primero buscan existir. ¿Se acuerda del día de mayo de 1968, cuando los estudiantes pasaron delante del Palacio Borbón vacío, gritando "¡Hop!, ¡Hop!", sin pensar siquiera en entrar? ¿Se imagina la cabeza de Lenin si le hubieran dicho que sus tropas habían tenido la posibilidad de invadir la Duma y que, en cambio, prefirieron tirar piedras al agua del Neva? Los rebeldes de 1968 no buscaban el poder”. (André Malraux)

Desde la niñez somos condicionados a aceptar nuestra medianía.

Por supuesto, todos los padres sueñan con hijos geniales, descolantes, superdotados, famosos (el síndrome del

príncipe que mencionábamos al comienzo). Sin embargo, un príncipe debe correr riesgos. Tanto los padres como los maestros hacen inconscientemente todo lo posible por limitar en sus hijos esa potencial "diferencia". Lo diferente causa miedo, inquietud. Nos hace "distintos", segrega a la familia y la separa del consolador sentimiento de sentirse integrado a los demás.

Un hijo distinto sólo puede ser motivo de orgullo si se destaca en algo inocuo: la música, el fútbol, la matemática, el ajedrez. Pero si la diferencia es su óptica con respecto al mundo, su fantasía, su imaginación -cualquier aspecto que demuestre de alguna forma que no será fácil de conducir o integrar-, deberá ser obligatoriamente limitado.

Todo talento en ciernes que amenace la supuesta superioridad intelectual de un maestro o un profesor, tendrá desde luego problemas de disciplina. No existe en nuestros países aún la cabal comprensión de que tratar exclusivamente el problema de disciplina conducirá a la autocensura del talentoso.

La incoherencia flagrante de los últimos treinta años entre padres permisivos y sociedades represivas ha producido generaciones para las cuales sólo está permitido obrar, no pensar. Hacer cosas, siempre que sean "normales". Si son malas, se recibirá un castigo, pero éste estará enmarcado también dentro de lo "normal".

El castigo por pensar, en cambio, es frecuentemente en nuestros países la prisión, el exilio o la muerte. La limitación al pensamiento, entonces, se torna imprescindible. Un hijo puede destacar en el deporte, en el arte, en una ciencia

abstracta. Pero si su "diferencia" es ética, moral, si es intelectualmente superior, está condenado.

Algunos niños logran desentrañar esta realidad y consiguen elaborar un plan de supervivencia intelectual: se autoformulan las preguntas y jamás comunican las respuestas. Establecen tácitamente con sus padres, con sus maestros, un "statu quo": fracasarán justo lo necesario.

Manipularán, conciliarán, negociarán. Perderán en el camino del crecimiento parte de su creatividad, su ingenuidad, su talento. Pero sobrevivirán.

El potencial de la otra mirada

La generalidad de las personas ve los hechos y las cosas de una única manera, aunque se envanezcan de su individualidad basándose en mínimos matices.

Algunos, muy pocos, logran ver las diferentes facetas de la realidad.

Pueden convertir lo ordinario y común, en especial y único. Consiguen establecer nuevos parámetros, una distinta evaluación, otras alternativas para aquello que parecía, si no inmutable, por lo menos estático e inmodificable. Lo que vulgarmente llamaríamos "ver la otra cara de la moneda".

El poder que conlleva esta capacidad es admirado, pero aterrador. La persona común siente que aquel que logra lo antedicho carece de límites. No se halla encorsetado por una realidad simple, unilateral, esquematizada. Peor aún: puede modificarla con su pensamiento. Puede generar distintas posibilidades que parecen mágicamente entrevistas, ya que

el incapaz de lograrlo no acierta a discernir la lógica que ha llevado al dotado a extrapolar ese novedoso significado.

"No hay nada nuevo bajo el sol" desea clamar -y creer- el incapaz de **la otra mirada**. El poder que acumula el que logra descubrir lo impensado, es enorme y peligroso. Inevitablemente, todos anhelarán su error. Y se alegrarán si lo comete.

Desde luego, no hay magia. La capacidad de ver el otro lado del espejo se basa principalmente en la recaptura del asombro, la capacidad de síntesis, y la atención a esas minúsculas señales que normalmente pasan inadvertidas, no por pequeñas sino por la carencia de atención sobre el universo circundante que sufre la gran mayoría de nuestra sociedad, auto centrada en su egoísmo.

En resumen, las preguntas y no las respuestas, son lo importante. Nuevas preguntas conducirán, de hecho, a distintas posibilidades de respuestas. El que posea las nuevas preguntas, conducirá.

La lealtad y la culpa

Soy una persona sensible si cuando voy conduciendo evito matar a un perro que se cruza en mi camino.

Pero si para evitar al perro me desvío y mato a un peatón no soy sensible, sino un sentimental de mierda.

Sumamente sobre valorada, la lealtad es un sentimiento prácticamente desconocido por la enorme mayoría de los seres humanos "globalizados".

La lealtad no es otra cosa que un impulso atávico remanente de nuestra herencia animal. Definitivamente **no es** un resultado de la evolución, contrariamente a lo que afirman nuestros códigos y preceptos.

La realidad de la lealtad (no el concepto) se aplica sólo en los animales que poseen un impulso limitado de la competencia por el poder, en la medida de lo necesario para la supervivencia. El líder de la manada ejerce su poder solamente en el sentido de guiar a sus seguidores para conseguir comer y sobrevivir. Pero jamás matará a uno de ellos por ese liderazgo. El clásico ejemplo del lobo/perro que, al saberse derrotado en la pelea se subordina ofreciendo su cuello al vencedor, es ineludible. El vencedor no lo matará. No **puede** hacerlo. Sólo el hombre, que posee el **concepto** del poder, puede mentir, traicionar y hasta matar para conseguirlo.

Las personas **hablan** de lealtad, pero no la practican. Es normal que sea así. Desde luego existen -como en todas las gradaciones. Nuestra sociedad ha exaltado la lealtad como un valor deseable, en la medida que no exija sacrificios excesivos, en cuyo caso cambia de nombre y se convierte en estupidez execrable a los ojos de los demás. "Hay que ser leal a los amigos, pero eso no quiere decir que seas estúpido", dice la amante mamá mientras exhorta a su hijo a denunciar a sus compañeritos que cometieron la travesura. "Es bueno ser leal a tus ideas, pero nada vale lo suficiente para dar la vida" pontifica el temeroso padre frente a su hijo que comenzó a militar en un partido político non sancto.

De hecho, para el que persigue el poder esto es correcto. La acumulación de poder personal exige auto preservación a

costa de cualquier acción. Es importante sin embargo, la elaboración de una justificación plausible, que permita salvaguardar la imagen de honestidad y valor.

Normalmente es suficiente tergiversar mínimamente la verdad para sugerir un perjuicio peor en caso de no haber tomado la decisión en entredicho. Debe recordarse que la mayoría de aquellos que podrían juzgarnos no son mejores que nosotros y, sin duda alguna, han claudicado igualmente infinidad de veces.

La diferencia entonces reside en la conciencia de la culpa. El manejo de la culpa es imprescindible para todo aquel que busque poder personal. Mientras la gran mayoría de aquellos que no son conscientes de la existencia del juego de poder en las relaciones interpersonales, son incapaces de desprenderse de su culpa -real o imaginaria-, el que aspira a controlar una cuota de poder debe separarse de ese sentimiento inmediatamente.

Aprender a creer sinceramente en la justificación mencionada es un óptimo sistema. Esto se logra analizando exhaustivamente en privado las múltiples alternativas peores que podrían haber acaecido. Generalmente, luego de este auto examen, nuestro propio ego asumirá la media verdad como certera e indiscutible, lo que nos permitirá presentarla honestamente.

Sin embargo, la etapa posterior nos obliga a un crecimiento: la acumulación de poder trae aparejadas acciones cada vez menos justificables, que no pueden ser evitadas. Las lealtades originales deben ser abandonadas o sustentadas tan sólo mientras resultan de utilidad a los objetivos planteados. Las amistades son elegidas y mantenidas en la

medida que abren relaciones y nuevos contactos. Los favores no son generosidad pura, sino una inversión con miras a devoluciones posteriores.

Aparece en este momento una crisis de identidad, ya que todos hemos sido condicionados para creernos buenas personas. Y de pronto descubrimos que en nuestro camino de crecimiento estamos haciendo cosas que diez o quince años antes hubiéramos rechazado. Que nuestro límite ético auto impuesto se ha desplazado de forma imperceptible pero constante, y que estamos a kilómetros de distancia de lo que considerábamos "honesto", "leal", "incorruptible".

En esta situación, solamente hay dos alternativas viables:

- a) La crisis de conciencia (la culpa) se hace intolerable y abandonamos el camino que hemos transitado, o bien
- b) Comprendemos -y llegados a este punto es lo que generalmente sucede- que no podemos (no queremos) resignar todo lo obtenido y, por consiguiente, debemos renunciar de una vez y para siempre a la culpa y a los remordimientos. Las justificaciones de nuestros actos serán, de ahora en más, "pour la galerie". Internamente, las medias verdades ya no serán necesarias para sentirnos bien con nosotros mismos. Hemos llegado a la aceptación conciente de que nuestro fin justifica todos y cualquier medio que debamos emplear y -lo más importante- esto ya no nos preocupa.

Tal vez da la impresión de que esta toma de conciencia se produce mágicamente, pero debemos tomar en cuenta que

para llegar a la misma han pasado años de "entrenamiento", si se me permite llamarlo de esta manera.

Lo gestual

"Cualquiera que tenga forma puede ser definido, y cualquiera que pueda ser definido puede ser vencido". (Sun Bin - El Arte de la Guerra II)

El lenguaje gestual ha sido suficientemente analizado por diversos autores. Normalmente el común de la gente desestima este lenguaje, y lo considera poco importante o simplemente ridículo o inexistente. Basta evaluar la posición de poder que esta gente ocupa en su entorno para saber si están acertados. Nos referiremos sólo a aquello que facilita la captación de atención, en el entendimiento que en el proceso de acumulación de poder, el individuo debe convertirse en referente del conjunto, y esto se logra con un primer paso que es el "llamado de atención".

A modo de ejemplo, diremos que no es una casualidad que un importante porcentaje de los dirigentes políticos sean personas de estatura elevada, que supera el promedio. Esa ventaja fisiológica permite lo obvio: observar "desde arriba" al interlocutor, que a su vez debe "elevar" su mirada hacia uno. En la mayoría de las personas, inconscientemente, se produce una sensación de inferioridad relativa, un respeto mínimo que podemos aprovechar. Pero este pequeño detalle es verdaderamente menor. Existen numerosísimos ejemplos de personas que, careciendo de esa ventaja física, o siendo

verdaderamente pequeños de estatura o poseedores de un aspecto físico sin atributos agraciados, impusieron su voluntad a la totalidad de sus comunidades.

Todos hemos observado a personas que concitan una inmediata atención cuando ingresan a un lugar, aunque sean virtualmente desconocidos. Las conversaciones se apagan, las miradas siguen su ingreso, aunque sea por breves momentos. Si las analizamos objetivamente, su “aspecto físico” no es especial. Lo que llama la atención es su “actitud física”. Erguidos y pausados, se desplazan por el espacio con un criterio de dominio. Sugieren que, estén donde estén, siempre estarán cómodos y seguros de sí mismos. El ocultamiento del miedo es fundamental. Ese temor que nos atenaza a todos frente a lo desconocido o nuevo no parece afectarlos. Obviamente, esto no es real. Si bien sienten lo mismo que nosotros, han aprendido a ocultarlo eficientemente. Para lograrlo, la pregunta central es: ¿qué es lo peor que puede pasar? Normalmente, cuando uno se hace esta pregunta de manera conciente, comprende que los “riesgos” potenciales casi nunca justifican la sensación de inseguridad, y generalmente obedecen a preconceptos, fantasías, o a una sobre valoración de los demás.

Remitámonos entonces a la frase de Sun Bin que encabeza este apartado. En realidad, al asumir esa “actitud” estamos ocultando nuestra forma. Sugerimos a los demás que existe, entre ellos y nosotros, un abismo de diferencias: el poderoso no siente miedo. Algo indefinible lo protege. Algo de lo que los demás mortales carecemos (y desconocemos). Ignorar a

ese individuo es peligroso. Atacarlo es mortal. Por consiguiente, no escucharlo es tonto y no seguirlo puede significar perder una oportunidad única.

Esta actitud física, si es exagerada y no se complementa con una mirada franca, una expresión cordial en la interlocución, y una aparente humildad y sinceridad en la expresión verbal, será indefectiblemente asociada a la soberbia y provocará un rechazo indeseado.

No obstante, la frase punzante, irónica y oportuna, ubicada en el momento adecuado para reducir a la insignificancia a aquél que pretenda disputarnos el liderazgo intelectual del grupo, también será útil como recurso. Pero el que busca acumular poder debe recordar que sólo podrá usar ese recurso para responder a una agresión verbal flagrante, jamás para humillar a alguien de menor capacidad evidente. Por el contrario, la amabilidad y paciencia deben exacerbarse en este último caso.

Se resaltará la capacidad de transmitir el pensamiento para hacerlo aprehensible a todos. Se evitará la exposición prolongada y pedante. Se presentarán las convicciones con la forma de opiniones y nunca de aseveraciones indiscutibles. Se evitarán las citas de terceros y, sumamente importante, siempre se utilizará la mirada a los ojos. Con respecto a esto, muchos encuentran difícil hilar pensamientos mientras hablan, y dejan vagar la vista. Esto se evita mirando al punto central del puente de la nariz del interlocutor. Permite al que habla centrarse en lo que piensa al tiempo que el oyente se siente mirado a los ojos francamente.

La “actitud física” del que persigue el poder nunca es casual. Pero varía con las circunstancias. Luego de ese “primer contacto”, los llamados de atención siguientes deben desorientar. Para los que observan al que persigue el poder debe quedar claro (tácitamente) que a él no le importan la apariencia, ni la etiqueta, ni lo formal. Cuando se somete a esos criterios, lo hace por diversión, por adecuarse a lo “aceptado” por el entorno, para que los demás no se sientan mal. Tarde o temprano, si complementa esa “actitud” con opiniones certeras, con soluciones prácticas, con consejos válidos, el que persigue el poder se habrá convertido en un referente admirado e imitado inconscientemente.

La inteligencia de los demás

"Hay que ingeniárselas, por encima de todo, para que cada una de nuestras acciones nos proporcionen fama de hombres grandes y de ingenio excelente". (El Príncipe - Maquiavelo)

Normalmente sobre valoramos nuestro “poder” intelectual. Cuando nuestra capacidad de comprensión de un problema o situación es desbordada, es decir, cuando no llegamos a comprender los vericuetos del razonamiento del que expone, desechamos automáticamente el mismo, y nuestro cerebro sufre un “bloqueo lógico”. Intimamente, aunque jamás lo reconoceríamos, evaluamos que el expositor no es lo suficientemente “inteligente”. No está a nuestro nivel. Aceptar lo contrario: “**yo** no le comprendo”, significaría reconocernos menos capaces, menos lúcidos. Perderíamos prestigio frente

a nosotros mismos y frente a los demás. Desde luego, esta época de especialización nos permite disimular muy bien: nadie puede pretender que un médico entienda los fundamentos de la teoría cuántica, o un abogado resuelva una ecuación de múltiples incógnitas. No aplica en este caso la competencia, ya que nadie se avergonzaría de que Maradona juegue mejor al fútbol que uno. Pero en la vida real, normal, la disensión sobre múltiples aspectos de la realidad es permanente, y por supuesto la cuestión inconsciente del poder se dirime tanto en una oficina como en un laboratorio o una mesa de café.

El que persigue la acumulación de poder debe comprender de una vez y para siempre que **no es** la persona más inteligente de todas las que lo rodean. Posiblemente sea **una** de las más inteligentes, y probablemente sea -o esté casi a punto de ser-, una de las personas cuya opinión se respeta. Pero es inútil y contraproducente intentar demostrar constantemente su inteligencia frente a los demás.

Inútil porque siempre habrá alguien con mayor capacidad intelectual que logre derrotarlo en una confrontación, y por consiguiente perderá parte del respeto conseguido.

Contraproducente porque, en el improbable caso de que lograra imponer siempre su punto de vista, sólo lograría a mediano plazo provocar el resentimiento entre los miembros de su ámbito de pertenencia.

Lo que se impone es una correcta evaluación de la inteligencia de los demás. Cada uno de ellos deberá recibir la respuesta esperada, y si nuestro individuo lo logra, habrá “capturado” la cuota de poder pretendida. Aquel que sea más

inteligente que uno deberá ser requerido por consejo, preferentemente en privado. En público, se reconocerá siempre ese consejo recibido y se brindarán soluciones en base al mismo, modificándolo lo suficiente para adecuarlo a las necesidades.

La acumulación de poder se basa en la negociación permanente. Lo importante no es tener la razón, sino ofrecer la mejor solución para el problema del conjunto. En este aspecto, **es importante recalcar que el que desea acumular poder personal debe resignar convicciones personales.** Una decisión certera es aquella que cuenta con el consenso de la totalidad, o por lo menos de la gran mayoría. Una decisión unilateral correcta, pero impuesta o forzada, provocará en los demás el deseo del fracaso y, si éste se produce, la búsqueda del responsable del mismo. La correcta evaluación de la capacidad de comprensión de la audiencia, nos permitirá hallar el punto medio en el que las convicciones de cada uno logran conciliarse en una solución de compromiso. Cada individuo debe ser solicitado para aportar opinión. Cada opinión debe ser valorada y apreciada. La crítica de las mismas debe surgir de los demás participantes, y es labor del que desee acumular poder, encontrar la porción rescatable de la opinión criticada, aunque sea en pequeña medida.

Vemos entonces que lo importante no es ser “el más inteligente” de un grupo, sino el “sintetizador” de las necesidades del mismo. Para ello, la actitud del acumulador de poder es importante. Confiado, cordial y firme, debe estar

dispuesto a escuchar siempre a los demás. Inclusive, no deben molestarle las interrupciones ni las divagaciones inevitables en cualquier debate. Sólo debe preocuparse por hablar primero (plantear el problema o conflicto a solucionar), intervenir esporádicamente para rescatar lo positivo de las diversas exposiciones y, finalmente, sintetizar la solución de compromiso que el grupo mismo haya elaborado inconscientemente, utilizando como aporte significativo (pero aleatorio) el consejo solicitado previamente a la persona a la que se considere más lúcida entre los presentes. La repetición de esta actitud generará en el grupo una dependencia paulatina, y la costumbre de “esperar” que al final del debate la solución sea proporcionada por aquel que, insensiblemente, se habrá convertido en el “líder de opinión”.

La oposición necesaria

“El ejercicio del poder implica la desmesura. Sin embargo, hay límites inmanentes que la atemperan. Porque, en primer lugar, el poder es siempre múltiple. No existe, en verdad, el poder, sino múltiples, innumerables poderes. Todo poder singular se ve confrontado con otros poderes que lo limitan, que acotan su tendencia expansiva. Decía Spinoza: “La fuerza con que el hombre persevera en existir es limitada, e infinitamente superada, por la potencia de las causas externas” (Ética, L IV, Prop. III). Y lo que Spinoza afirma aquí del hombre vale para cada hombre y para cualquier otra cosa. Concluía Spinoza, de allí, que es imposible un crecimiento indefinido de la propia potencia de obrar de un hombre, como asimismo que la totalidad de su obrar se siga de su propia

naturaleza finita. Multiplicidad y finitud, diferencias cuantitativas y cualitativas del poder, existencia, ante cualquier poder dado, de otro mayor: he aquí un límite inmanente del poder". (Silvio Maresca)

Ninguna preparación ni técnica capacita para un poder absoluto. Todo individuo que persiga la acumulación de poder personal deberá comprender que encontrará el límite que le imponga su capacidad, y que siempre, indefectiblemente, llegará el momento en que deberá ceder o compartir ese poder con alguien superior. No comprender esto conduce obligatoriamente al fracaso, por una elemental lógica: Al acumular poder, ampliando su entorno, el poderoso inevitablemente provocará colisiones con círculos adyacentes. Si tiene suficiente capacidad, evitará estas colisiones hasta que esté preparado para afrontarlas, y destruir o subordinar a su oponente. Pero debemos recordar que, si la realidad, como dijimos, no es estática, los individuos tampoco lo son.

"El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular. Y en sus redes no sólo circulan los individuos, sino que además están siempre en situación de sufrir o de ejercitar ese poder, no son nunca el blanco inerte o consintiente del poder ni son siempre los elementos de conexión. En otros términos, transita transversalmente, no está quieto en los individuos". (M. Foucault. Microfísica del poder. 3ra Edición. Ediciones de La Piqueta. España 1991. Página 142)

Simultáneamente a su crecimiento, otros referentes se prepararán para disputar su espacio, que cada vez será más apetecible. Temprano o tarde, surgirá uno de ellos con el que no podrá evitarse el enfrentamiento, del que saldrá una alianza táctica o el exterminio. Será índice de la capacidad real del que persigue el poder comprender cuando ha llegado su límite, y elegir entre compartir (y posteriormente resignar) o ser destruido.

Una técnica que permite demorar (nunca evitar) ese momento es la creación de la oposición necesaria. Es absurdo pretender, por más autoconfianza que se tenga, que lograremos subordinar absolutamente a todos a nuestras opiniones u objetivos. Siempre surgirá aquel que por su personalidad, sus convicciones o simplemente porque también es un acumulador de poder conciente o inconsciente, se nos opondrá. El error común del inexperto es aplastar inmediatamente al opositor. Esto, además de asustar al entorno menos capaz, y evidenciar en el perseguidor del poder una faceta intolerante, lo único que logra es abrir el camino a otro opositor quizás más preparado o más inteligente. Tomemos en cuenta que, en los comienzos, este oponente suele ser, por lo menos, tan inexperto como nosotros. Por lo tanto, es fácil descubrir sus motivaciones, limitaciones y prejuicios. Mantenerlo como opositor interno o externo suele ser una política inteligente. Si lo estudiamos, si llegamos a comprenderlo, lograremos manipularlo de tal manera que terminará siendo un inconsciente aliado de nuestros objetivos, nos proporcionará oportunidades de derrotarlo parcialmente siempre que sea necesario y distraerá a nuestros verdaderos enemigos con

su falso liderazgo, enturbiando su accionar y generando alianzas y contra alianzas improductivas.

La noble finalidad

"...el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propia ruina. Porque es natural que el que se ha vuelto poderoso recele de la misma astucia o de la misma fuerza gracias a las cuales se lo ha ayudado". (Nicolás Maquiavelo)

No se pretende aquí echar un manto de piedad y conmiseración sobre los perdedores en este juego eterno. Cuando la partida está planteada, los jugadores tienen opciones limitadas: jugar para ganar, jugar para perder, o retirarse del juego. Si esto último es imposible, -o requiere una drástica decisión como el suicidio, ya que no existe territorio donde el juego no impere-, la única posibilidad de jugar para ganar en la globalización es la aceptación sin condiciones de la regla única del juego: **no hay reglas**. Cualquier individuo que no pueda a conciencia aceptar esto, jugará y perderá.

Sin embargo, para aceptarlo, primero hay que entenderlo. El 99 por ciento de la población desconoce (o niega) esta situación, y se esfuerza en descubrir unas reglas (inexistentes) que le permitan ganar "honestamente".

Pero la única forma de **ganar honestamente** en este juego es **jugar concientemente para perder**. Establecer valores y principios, y determinar, a priori, la inmutabilidad de los mismos. Las jugadas que habremos definido como no

válidas, **no pueden ser ejecutadas por nosotros, pero sí por los adversarios**. Volviendo al ejemplo del ajedrez, es como jugar otorgando la ventaja de la reina y las dos torres. ¿Es estúpido jugar una partida en esas condiciones? Desde luego.

No obstante, debemos recordar que el ejercicio del poder no debería ser -para una persona inteligente- un fin en sí mismo. ¿Qué placer podría obtener un dictador mundial de su poder absoluto si lo ejerciera desde una habitación cerrada herméticamente, comunicándose con sus seguidores y esclavos a través de una pantalla de computadora? El poder requiere **ser disfrutado**. Y aquí, al final de este texto, es imperativo destruir otra mentira: el poder no corrompe. Simplemente, atrae a todos aquellos que son corruptibles. Como cualquier herramienta, puede ser utilizada con objetivos nobles o bastardos. Pero la nobleza (o la bastardía), no residen en la herramienta, sino en su manipulador.

Es evidente que, en la medida que el poder otorga privilegios, es perseguido (y generalmente obtenido) por los deshonestos, los corruptibles, que por supuesto desechan las obligaciones inherentes.

Pero, si coincidimos en que el ejercicio del poder es inseparable de la condición humana en relación con el universo que nos rodea, debemos también aceptar que el poder conciente puede ser aplicado igualmente por aquellos no corruptos (no corruptibles), con una noble finalidad.

Simplificando, la diferencia conceptual podría ser que el corrupto termina siendo una pequeña herramienta dentro de la herramienta mayor. Su competencia, su insaciable lucha no logra despegarlo del círculo infinito de la autocomplacencia.

La noble finalidad del poder exige la asunción de las obligaciones evidentes: el futuro es nuestra consecuencia. Toda acción que persiga honestamente un potencial mejoramiento, es moral y éticamente válida. "¿Quién soy?", "¿Con quién estoy?", "¿Por qué lo hago?", son preguntas de respuesta obligatoria.

Enrique Gil Ibarra/2007